

PRÓLOGO

Las dificultades de traducción de la literatura odepórica

La literatura odepórica* parece estar pasando una mala racha. La incidencia de los nuevos medios de comunicación turística (Tripadvisor, los buscadores, los blogs viajeros, «los “naturales” por el mundo», etc.) y de los *low-costs* sobre los comportamientos viajeros ha dado de lado a la reflexión, a la nota y al recuerdo que en el pasado recogía la tradicional literatura de viajes, muchos de cuyos testimonios (Montaigne, Goethe o Andersen) han ingresado en el panteón de la literatura universal por la puerta grande. Antaño, tanto el viajero potencial como el que quería pero no podía serlo, tanto el etnógrafo como el simple curioso por lo extraño echaban mano de las impresiones, las prevenciones o los consejos dejados por aquellos privilegiados que, desplazados a lo ajeno, a lo distinto, incluso a lo exótico habían anotado sus impresiones, fueran estas producto de una vivencia superficial o de una generalización imprecisa. Pero hoy en día, la literatura odepórica parece haber cambiado su razón de ser y ha pasado a constituir un mero reservorio de documentos para el historiador, el etnógrafo o el sociólogo, lo que no es poco. Y aunque parezca haberse interrumpido aquel impulso editorial que, al socaire del interés lector, dio como resultado la enorme obra de un García Mercadal, el interés investigador de un Foulché-Delbosc o Arturo Farinelli o colecciones específicas para consumo lector, la corriente de la literatura odepórica, en versión original o traducida, continúa fluyendo. Y a este valor de documento histórico y sociológico responde el relato viajero que nos presenta Dianella Gambini, experta en las lides de lo odepórico, tal y como lo demuestra su traducción, hace años, de un clásico del «viaje español», Giuseppe Baretti (Cátedra, 2002). En esta ocasión su contribución a esta especialidad literaria es la narración, ingenua y devota, que de su peregrinación a Santiago de Compostela hizo un monje agustino de las Marcas italianas, cuatro siglos atrás, y que se presenta por primera vez al público erudito, tanto en su versión italiana como en la versión española.

No ha sido tarea fácil la emprendida por Dianella Gambini, catedrática de Lengua y Literatura Españolas de la Universidad para Extranjeros de Perugia y experta santiagouista. A ella le ha correspondido la múltiple tarea del descubrimiento, la transcripción, la traducción, la edición y las notas de un texto, que añade a las dificultades inherentes a semejantes empresas, la de lo diacrónico. Si los referentes culturales son ya en sí mismos un obstáculo de envergadura para el traductor, cuando estos vienen cubiertos por el velo de lo antañón, de la distancia temporal, exigen a quien emprende esa tarea del vertido un esfuerzo y una habilidad investigadora extraordinaria para los que no todo profesional está hecho. La inversión temporal siempre será desproporcionada –aunque en todo caso necesaria– con relación al resultado. Para no hablar en vacío, permitásenos algún ejemplo: la especificación de cualquiera de las estaciones de los dos monjes peregrinos quizás pueda parecer de escasa importancia para el lector meramente curioso o mayormente desprevenido; no así para el usuario que accede al texto con intereses más elaborados, los de un historiador o los de un lingüista, por ejemplo. Y la aventura de búsqueda a la que se verá arrastrado el traductor, que no solo traduce a otra lengua sino también a otro tiempo, lo llevará por los vericuetos de la etimología, de la sociología diacrónica o de la historia social para llegar a especificar –tras una gran labor de consulta y conjetura calificable de barranquismo de investigación– que, por ejemplo, el topónimo del original *Ca' de Dio* (en la etapa cuarta del viaje) no es otro que el actual *Cadeo*, un pequeño municipio próximo a Plasencia. Y algo semejante sucede con el lugar llamado Caserío del Pajar (el 21 de julio, en su partida de Oviedo), donde nuestra traductora, ante la imposibilidad de identificar un topónimo actual que se pareciera al del original *Casal della paglia* y que estuviera en la trayectoria que sigue el protagonista, debe concluir que, más que de un topónimo, se trata de un *domónimo* u *oicónimo* con el que quizás se diera nombre a una instalación de carácter agrícola. Y se podría seguir citando muchos otros pasajes donde la identificación toponímica o la terminológica (en el caso de las unidades monetarias, por ejemplo) han podido suponer un quebradero de cabeza, que al parecer, Gambini ha resuelto con el uso y abuso de medios auxiliares sin fin (diccionarios, textos paralelos, cartografía diversa, búsquedas en línea, etc.) hasta conseguir un texto en el que el rigor metodológico brilla por su presencia apabullante. Por no decir nada de la metodología traductiva empleada, en la que del apotegma, reversible en todo caso, de Paul Cauer (*Die Kunst des Übersetzens*), Gambini ha potenciado evidentemente y con toda justicia –insistimos: dentro de la versatilidad del dicho– la fidelidad al original (*so treu wie möglich*), aunque sin perder de vista la necesaria libertad (*so frei wie nötig*).

Por lo que se refiere al texto en sí mismo, el relato viajero del agustino fray Cristóbal representa una novedad indiscutible en el interior del corpus odepórico jacobeo, ya que viene escrito por una persona de escasas luces intelectuales y literarias, pero que, precisamente por eso, aporta la visión de aquel «hombre común», en esa ocasión vestido de hábito, que se ponía en camino por una Europa, todavía creyente... hasta la superstición (*ne quid nimis*, tendríamos que decir con el clásico tanto entonces como, a la inversa, hoy en día) y que en su romería comprobaba que lo religioso podía

constituir tanto un motivo de comportamiento ético (el de la hospitalidad, por ejemplo), como un fundamento social para la consecución de ventajas materiales.

En resumen, una labor lograda de traducción y de exégesis literaria, que habla a favor de la utilidad de los siervos de la palabra que son los traductores.

Miguel Ángel Vega Cernuda